Mundo Cristiano

FOLLETOS • N.º 68

# PRIMEROS CRISTIANOS

Por DOMINGO RAMOS LISSON

DOMINGO RAMOS LISSON

# PRIMEROS CRISTIANOS

Pedidos a S.A.R.P.E.—Lázaro Galdiano, 6.—Madrid-16

Julio 1968
Con licencia eclesiástica
Artes Gráficas Ibarra, S. A.
Batalla del Salado, 49. - MADRID-7
Depósito Legal: M. 12.912-1968

# SUMARIO


| | Págs. |
|---|---|
| INTRODUCCION | 5 |
| 1. Novedad del mensaje cristiano | 9 |
| 2. La gesta de la sangre | 13 |
| 3. Llamados a ser santos | 17 |
| 4. Paradojas cristianas | 21 |
| 5. Identificados con Cristo | 25 |
| 6. Ciudadanos corrientes en el mundo | 29 |
| 7. Lanzados a voleo | 35 |
| Conclusión | 41 |
| Folletos «Mundo Cristiano» | 43 |

# INTRODUCCION

*La primera vez que leí «Camino»* (1), *he de reconocer que me despertó —entre otros— un gran deseo de tomar contacto con la vida de aquellos hombres, que en el tiempo estuvieron más cerca de Jesús y de sus discípulos. Después, al conocer el Opus Dei, vi hechos realidad muchos aspectos del vivir cristiano primitivo.*

*Los primeros cristianos tienen —con sus vidas detrás— un valor de testimonio, que todavía le puede decir algo a este hombre nuestro actual, sediento —como en pocas etapas de la Historia— de esa «agua que brota para la vida eterna»* (Jn. *4, 14*) (2).

---

(1) «A través de las páginas de **Camino**, su autor —Mons. Escrivá de Balaguer— contempla la necesidad de revitalizar la presencia de los cristianos en el mundo, inspirándose en el «clima» neotestamentario: por eso son tan frecuentes las referencias a los primeros cristianos —«que trataron a Pedro, y a Pablo y a Juan, y casi fueron testigos de la Muerte y Resurrección del Maestro» (**Camino**, 925)— y la invitación a la lectura de la Sagrada Escritura: «Bebe en la fuente clara de los 'Hechos de los Apóstoles'» (**Camino**, 570). RODRIGUEZ, Pedro, «Camino y la espiritualidad del Opus Dei», en **Teología Espiritual**, número 26, mayo-agosto, 1965, p. 216.

(2) Para todas las citas de la Sagrada Escritura utilizaremos la versión castellana de la BIBLIA DE JERUSALEN, ed. Desclée de Brouwer, Bilbao, 1967.

*Los hombres de la generación presente no somos amigos de la palabrería hueca de otros tiempos; por eso, también tienen particular interés para nosotros las primeras vidas cristianas amasadas de hechos, de realidades.*

*Vamos, pues, a contemplar el testimonio de sus vidas. Este es el lenguaje que nosotros entendemos como el más expresivo. No en vano ha sido esa la enseñanza de Mons. Escrivá de Balaguer desde hace bastantes años: «Me preguntas..., y te contesto: tu perfección está en vivir perfectamente en aquel lugar, oficio y grado en que Dios, por medio de la autoridad, te coloque»* (CAMINO, 926). *Doctrina ésta que se reafirma después por el Concilio Vaticano II: «Tal evangelización, es decir, el anuncio de Cristo pregonado por el testimonio de la vida y por la palabra, adquiere una característica específica y una eficacia singular por el hecho de que se lleva a cabo en las condiciones comunes del mundo» (Const. «Lumen gentium», 4, 35).*

*Quiero hacer una advertencia inicial, amigo lector, por si acaso resultara demasiado chocante la comparación entre el tenor de vida que llevaban los pioneros del Cristianismo, y el modo de vivir que observas en muchos cristianos de nuestra hora; piensa entonces, hacia qué lado se deberá inclinar la balanza de lo verdadero y de lo auténtico.*

*Una última precisación, aunque suene a redundancia. Por primeros cristianos, entiendo a los primeros, es decir, a los contemporáneos del Señor y de los Apóstoles; aunque ello no será obstáculo para que —en oca-*

*siones— hagamos alguna referencia a tiempos posteriores.*

*Que la lectura de estas páginas te ayude a querer un poco más a los primeros que nos han precedido en vivir la fe de Cristo.*

## 1. NOVEDAD DEL MENSAJE CRISTIANO

> «Entonces dijo el que está sentado en el trono: «Mira que hago un mundo nuevo» (*Ap.* 21, 5).

Los Apóstoles, fieles al mandato de Jesús: «Id por todo el mundo y proclamad la Buena Nueva a toda la creación» (*Mc.* 16, 15), se lanzan —después de Pentecostés— a predicar el Nuevo Mensaje con el noble afán de quienes están cumpliendo un encargo divino.

Asistimos a los primeros contactos de la levadura que hará fermentar toda la masa. Para algunos hebreos este primer contacto evangélico se les presenta como una peligrosa novedad, que puede dar al traste con sus modos habituales de vida religiosa. Este será uno de los motivos por el que los fariseos, escribas y doctores atacaron a Cristo; también lo harán con sus primeros discípulos: «les llamaron y les mandaron que de ninguna manera hablasen o enseñasen en el nombre de Jesús». Mas Pedro y Juan les contestaron: «Juzgad si es justo delante de Dios obedeceros a vosotros más que a Dios» (*Act.* 4, 18-19).

Por otra parte, en el mundo pagano, como el men-

saje cristiano lleva consigo un cambio, todavía más radical, del sentido de la vida frente a las costumbres y tradiciones paganas (1), al ponerse en contacto se producirán reacciones muy dispares, desde la aceptación rendida hasta la violencia por parte de la clase dirigente y de la plebe que se rebelan así contra los innovadores cristianos. Esta será una de las claves que explicarán el porqué de muchas persecuciones.

El conservadurismo pagano se resiente ante la irrupción de la Buena Nueva, y arrojará contra los cristianos las acusaciones más inverosímiles: «Sucede a veces que el pueblo desatado toma por lo trágico estas acusaciones y atribuye a los cristianos los cataclismos que se producen acá o allá en el mundo. Se les considera como la causa de todos los desastres públicos, de todas las desgracias nacionales. ¿Que el Tíber se desborda en Roma? ¿Que el Nilo, por el contrario, no desborda en las campiñas de Egipto para fecundar la tierra? ¿Que el Cielo sigue inmóvil, tiembla la tierra, se declaran el hambre y la peste? Inmediatamente se grita: «los cristianos a los leones» (BARDY).

En otras ocasiones el contraste con la nueva doctrina llevará a los paganos a la indiferencia y a la burla. Podemos ver a Pablo en Atenas, donde se consumía su espíritu al contemplar la ciudad llena de ídolos. Después de hablar en la sinagoga y en la plaza pública le

(1) En las «Bacantes» de Eurípides, el viejo Tiresias expresa maravillosamente la actitud de fe respetuosa para todo lo antiguo: «No vamos a sutilizar acerca de los dioses. Las tradiciones que hemos recibido de nuestros padres y que nos vienen de sus lejanos tiempos, no las podrá arrojar razonamiento alguno, ni siquiera la sabiduría que puedan descubrir espíritus elevados».

llevaron al areópago como pasatiempo para entretener sus ocios. El Apóstol hablará del DIOS DESCONOCIDO y de Cristo resucitado, pero «al oír la resurrección de los muertos, unos se burlaron y otros dijeron: 'Sobre esto ya te oiremos otra vez'. Pero algunos se adhirieron a él y creyeron» (*Act.* 17, 32). ¡Cuántas veces se encontraría Pablo con la incomprensión judía o pagana!

Pero también, ¡cuántas veces aquella semilla divina encontraba buena tierra! Ahí tenemos a Pedro que ha terminado de hablar después de recibir el Espíritu Santo, y escucha el grito esperanzado de aquellos primeros tres mil: «¿Qué hemos de hacer, hermanos?». Pedro les contestó: «Convertíos y que cada uno de vosotros se haga bautizar en el nombre de Jesucristo, para remisión de vuestros pecados» (*Act.* 2, 37, 38).

El fermento divino crecerá sin cesar, irá cambiando vidas esclavizadas por el pecado en valientes hijos de Dios; de hombres enclenques y paralíticos sacará robustos atletas de Cristo; de perseguidores furibundos los convertirá en apóstoles fervientes. El cristianismo se multiplicará sin pausa por el mundo conocido de entonces. No pasará mucho tiempo para que Tertuliano pueda escribir con propiedad: «Somos de ayer y lo llenamos todo».

## 2. LA GESTA DE LA SANGRE

> «Combate el buen combate de la fe, conquista la vida eterna» (*I Tim.* 6, 12).

Los primeros cristianos no encontraron siempre un ambiente de comprensión y de apoyo a la doctrina que predicaban y vivían. «Sumergidos en la masa hostil no buscaron en el aislamiento el remedio al contagio y la garantía de supervivencia; se sabían levadura de Dios, y su callada y eficaz operación acabó por informar aquella misma masa» (ORLANDIS).

Ante las exigencias de un mandato divino y aquel mundo paganizado y esclavo de su propia ignorancia, sólo cabía adoptar una postura digna y es la que tomaron nuestros primeros hermanos: lanzarse por todos los caminos del mundo, llenos de audacia y valentía, para encontrarse con las gentes y hablarles del Nuevo Mensaje.

En este esfuerzo generoso y abnegado de diálogo muchos encontrarán como respuesta el odio y la muerte. En múltiples ocasiones, hombres y mujeres cristianos pasarán por suplicios innumerables, hasta caer

—finalmente— bajo los dientes de una fiera hambrienta, o bajo el golpe de una espada homicida. Pero aun en estos casos la muerte no es algo temido que achique el ánimo, sino todo lo contrario, es un motivo de acción de gracias, de cantar las alabanzas del Señor.

Fijémonos en San Policarpo de Esmirna. Momentos antes de consumar su martirio eleva su corazón a Dios con un himno de agradecimiento: «Señor, Dios Omnipotente: Yo te bendigo porque me tuviste por digno de esta hora, a fin de tomar parte, contado entre tus mártires, en el cáliz de Cristo para resurrección de eterna vida, en alma y cuerpo en la incorrupción del Espíritu Santo».

El martirio se consideraba entre los primeros fieles como una muestra de predilección divina. De todas formas diremos que lo importante no es el martirio en sí, sino lo que se testimonia con él, es decir, la vida cristiana.

Ante semejantes actitudes cristianas un pagano que contemplara el espectáculo de unos hombres sentenciados a muerte, que cantan en la arena de un anfiteatro, se quedaría con una gran sensación de extrañeza y desconcierto; o también —si se sentía movido por la gracia— podría convertirse en un nuevo cristiano. Esto último le sucedió a un «hombre que había entregado a Santiago a los jueces —según nos narra Eusebio de Cesarea—, conmovido al ver la constancia del varón; confesó libremente la fe de Cristo y afirmó que él también era cristiano. Así, pues, dice, los dos fueron conducidos al suplicio. Y como mientras caminaban, el

compañero pidiese perdón a Santiago, deteniéndose éste un poco, le contestó: *Pax tibi,* e inmediatamente le besó. De este modo perecieron dos con la cabeza cortada».

El martirio es el mejor aval de la Buena Nueva. La gesta de los mártires es una afirmación que tiene ya fuerza convincente en sí misma. Mártir en griego significa testigo, y precisamente al dar su testimonio se hace partícipe de Cristo. No son simples palabras, son los hechos los que cuentan. El vidente de Patmos nos lo dejará por escrito: «Cuando se abrió el quinto sello vi debajo del altar las almas de los degollados a causa de la Palabra de Dios y del testimonio que mantuvieron» (*Ap.* 6, 4).

Dar un testimonio así por Cristo lleva consigo no sólo el dolor físico de la tortura o de la muerte, sino también muchas veces, el sacrificio de nobles sentimientos del corazón humano. Viene a nuestro recuerdo el comportamiento admirable de Perpetua. Era una mujer de noble cuna, tiene dos hermanos, uno de ellos es catecúmeno. Recientemente ha tenido un hijo. Recibe la acusación de ser cristiana. Su padre es un pagano convencido y es de edad avanzada, tratará de conseguir el retorno de su hija a la religión tradicional utilizando todos los medios a su alcance. Oigamos sus palabras: «Hija mía, ten compasión de mis canas; ten compasión de tu padre si es que merezco de ti el nombre de padre...; mira a tu hijito que no podrá sobrevivir a tu muerte» (MARTIRIO DE PERPETUA Y FELICIDAD). El relato es emocionante. Perpetua no es impasible, tiene para su hijo y para su padre un cari-

ño profundo, pero ella pertenece a Cristo, y ante la disyuntiva prefiere la muerte a sacrificar a unos ídolos.

Tal vez el número de mártires en los primeros tiempos no fue muy considerable en comparación con la totalidad del pueblo de Dios. No nos interesa el número, porque en realidad lo que estaba en un primer plano era su vida diaria de fidelidad a Cristo, con la heroicidad de las cosas ordinarias; luego, si les tocaba a algunos confesar a Cristo con el martirio, esto no era más que un refrendo de lo que vivían. En el siguiente apartado veremos el verdadero planteamiento de la vida cristiana, que motivaba su testimonio de valor y de constancia.

## 3. LLAMADOS A SER SANTOS

> «Porque ésta es la voluntad de Dios: vuestra santificación» (I *Tes.* 4, 3).

Ante un espectáculo de contrastes tan violentos siente uno la secreta atracción de descubrir el porqué de semejantes actuaciones cristianas. Surge la pregunta ¿qué motivo impulsaba a los primeros cristianos para llevar una vida tal, que no se detenía ni ante la misma muerte?

Para contestar esta pregunta lo mejor será trasladarnos —aunque sólo sea con la imaginación— a Efeso y escuchar allí, junto a nuestros hermanos de aquella Iglesia la primera lectura de una carta de Pablo: «Bendito sea el Dios y Padre de Nuestro Señor Jesucristo... por cuanto nos ha elegido en él antes de la creación del mundo para ser santos e inmaculados en su presencia en el amor» (*Ef.* 1, 4).

Aquí encontramos la razón última: se consideraban llamados a la santidad. Esta vida nueva de santidad se abría con el bautismo. Después de recibir las aguas regeneradoras, quedaban perdonados los pecados ante-

riores y ya sólo se podía vivir como corresponde a santos, alejando todo tipo de impurezas, codicias y pecados. Pocas afirmaciones se repiten tanto como ésta en la pluma del Apóstol: «¿O es que ignoráis que cuando fuimos bautizados en Cristo Jesús, en su muerte fuimos bautizados? Consepultados, pues, fuimos en él por el bautismo en orden a la muerte, para como fue Cristo resucitado de entre los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros en novedad de vida caminemos» (*Rom.* 6, 9. 10).

No cabía entre ellos ni siquiera el planteamiento deforme de algunos cristianos actuales que piensan todavía en la santidad como si éste fuera asunto propio de unos pocos privilegiados. Por ello recuerda a los cristianos corrientes Mons. Escrivá de Balaguer: «Tienes obligación de santificarte. —Tú también. —¿Quién piensa que ésta es labor exclusiva de sacerdotes y religiosos?

A todos, sin excepción, dijo el Señor: «Sed perfectos, como mi Padre Celestial es perfecto» (CAMINO, 291).

Los seguidores más cercanos de Cristo tienen conciencia clara de su llamada a la santidad. Para comprobarlo no tenemos más que observar el trato que se daban entre sí. «Saludad a todos los santos. Todos los santos os saludan. A todos los santos que viven en Efeso. A todos los santos de Cristo Jesús, que están en Filipos.

¿Verdad que es conmovedor ese apelativo —¡santos!— que empleaban los primeros fieles cristianos para denominarse entre sí?

Aprende a tratar a tus hermanos» (CAMINO, 469).

De las palabras podemos pasar a los hechos. Si la perfección cristiana está en la caridad, aquellos primeros la vivieron hasta extremos insospechados. Guiados por este gran amor vivían con «un solo corazón y una sola alma» (*Act.* 4, 32).

Se desprendían de sus bienes llegando incluso al sacrificio personal. «Y si entre ellos hay alguno que esté pobre o necesitado, y ellos no tienen abundancia de medios, ayunan dos o tres días para satisfacer la falta de sustento necesario en los necesitados» (ARISTIDES).

Con toda justeza hablará luego Tertuliano del cariño cristiano como distintivo frente a los paganos: «Mas justamente esta práctica del amor es lo que para algunos nos marca a fuego más que ninguna otra cosa». Como se verá, estos hombres lo que hacían era llevar a la práctica con todas sus consecuencias el mandamiento de Jesús: «que os améis los unos a los otros. Que como yo os he amado así os améis también los unos a los otros. En esto conocerán todos que sois discípulos míos» (*Jn.* 13, 34. 35).

Un retrato acabado del modo de vivir la santidad, nos lo dan los primeros cristianos de Jerusalén. «Acudían al templo todos los días con perseverancia y con un mismo espíritu partían el pan por las casas y tomaban el alimento con alegría y sencillez de corazón. Alababan a Dios y gozaban de la simpatía de todo el pueblo» (*Act.* 2, 46. 47).

Su vida espiritual se alimentaba en primer lugar de la oración. Eran hombres con santidad probada los

que acudían al templo y perseveraban «con un mismo espíritu en la oración» (*Act.* 1, 14). En segundo término, muy unida a la oración, está la «fracción del pan» —la Eucaristía— que será en sus vidas «el antídoto para no morir» (S. IGNACIO DE ANTIOQUIA).

Desde una perspectiva de santidad se explica uno perfectamente el porqué de su alegría. Hombres que vivían una dedicación constante al Señor no pueden dar lugar a la tristeza en sus vidas. Habían aprendido en el primer catecismo —que ha llegado a nuestras manos—: «Recibirás como bienes los acontecimientos que te sobrevengan, sabiendo que sin la disposición de Dios nada sucede» (DIDACHE). Incluso los ultrajes, la mortificación y el dolor no les hace perder la alegría. Pedro y los apóstoles han comparecido delante del Sanedrín por haber predicado en nombre de Jesús, «ellos marcharon de la presencia del Sanedrín contentos por haber sido considerados dignos de sufrir ultrajes por el Nombre» (*Act.* 5, 41).

Igualmente resaltaban su naturalidad y sencillez al lado de las prescripciones farisaicas, o de los ritualismos conservadores del paganismo. La vida de los primeros fieles es como una fuente de agua clara. Hay una ausencia total de rutina. Todo es vida. La sencillez, por ejemplo, que se aprecia en la liturgia eucarística —tal como nos la refiere San Justino—, choca necesariamente con cualquier ceremonia de culto pagano de Dionisios, o con las fiestas de Cibeles y de Atis en la Roma imperial.

## 4. PARADOJAS CRISTIANAS

> «Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame. Porque quien quiera salvar su vida la perderá, pero quien pierda su vida por mí, la encontrará» (*Mt.* 16, 24. 25).

Jesús no ha vacilado en declararnos que sólo admite en su seguimiento a quien esté dispuesto a perder la vida para ganar la Vida sobrenatural. Todo lo cristiano aparecerá teñido por este signo de lo paradójico.

De un modo sencillo el autor del Discurso a Diogneto nos refiere con vivos colores la armonía y el contraste que se da entre lo humano y lo divino de los seguidores de Cristo: «Los cristianos no se distinguen de los demás hombres, ni por su tierra, ni por su idioma, ni por sus instituciones. Porque ni habitan ciudades exclusivamente suyas, ni hablan una lengua extraña, ni llevan un género de vida distinto de los demás... moran en ciudades helénicas o bárbaras, según la suerte se lo depara a cada uno; siguen las costumbres regionales en el vestir y comer y demás cosas de la vida.

Mas con todo esto, muestran su propio estilo de vivir, según todos admiten, admirable y asombroso. Viven cada uno en su patria, pero como si fueran extranjeros; participan de todos los asuntos como ciudadanos, pero los sufren pacientemente, como forasteros. Toda tierra extraña es patria para ellos; y toda patria tierra extraña... los matan y con ello les dan la vida».

El texto que acabamos de leer recuerda el ritmo paradójico de la abnegación cristiana de Pablo, según un retazo de biografía que él mismo escribió en su primera carta a los de Corinto: «Nosotros, necios por seguir a Cristo; vosotros, sabios en Cristo. Débiles nosotros; mas vosotros, fuertes. Vosotros llenos de gloria; mas nosotros, despreciados. Hasta el presente, pasamos hambre, sed, desnudez. Somos abofeteados y andamos errantes. Nos fatigamos trabajando con nuestras manos. Si nos insultan, bendecimos. Si nos persiguen, lo soportamos. Si nos difaman, respondemos con bondad. Hemos venido a ser, hasta ahora, como la basura del mundo, y el desecho de todos» (*I Cor.* 4, 10-13).

En aquella primera época no cabían posturas acomodaticias, ni tampoco las medias tintas. Jugarse la vida a causa del nombre de Cristo estaba a la orden del día. Un San Ignacio de Antioquía no se andaba con rodeos cuando deseaba ser pasto de las fieras como buen trigo que será molido para convertirse en limpio pan de Cristo; su muerte fue la mejor rúbrica de este deseo. Por todo ello puede decirnos: «Si no estamos dispuestos a morir por El (Jesucristo), para imitar su Pasión, no tendremos su vida en nosotros».

Dar la vida por Cristo en el sentido más literal y hondo de la expresión es algo que no admite dudas en los primeros tiempos de la Iglesia. Como botón de muestra puede servirnos el interrogatorio que precede al martirio del noble Apolonio:

«El procónsul Perenne dijo:

—Con estas ideas ¿sientes gusto en morir, Apolonio?

Apolonio contestó:

—Como gusto lo tengo en vivir; sin embargo, no tengo miedo a la muerte por amor a la vida. Cierto, nada hay más precioso que la vida; pero yo hablo de la vida eterna, que es la inmortalidad del alma que ha vivido santamente en esta vida».

¡Qué bien ha expresado Apolonio el sentido de la vida para un cristiano! El cristiano ama la vida corriente, porque ella le sirve de medio santificador; pero la muerte no es para él una especie de fantasma ante el que se pueda tener una sensación de miedo, sino por el contrario, es la puerta de la Vida eterna; pues, como observa Camino: «Si eres apóstol, la muerte será para ti una buena amiga que te facilita el camino» (735).

## 5. IDENTIFICADOS CON CRISTO

«Con Cristo estoy crucificado y vivo pero ya no yo, sino que es Cristo quien vive en mí» (*Gal.* 2, 19. 20).

La llamada a la santidad tiene un cauce en cada cristiano que se adapta plásticamente —si se me permite hablar así— a la medida de su identificación con Cristo. Nuestros primeros hermanos no dudan en configurar su vida a la del modelo que Jesús nos ha dejado, con todas sus consecuencias, desde el desamparo de Belén hasta la cruz del Calvario. El Apóstol de las gentes ya lo advertía: «los que son de Cristo Jesús, han crucificado la carne con sus pasiones y sus apetencias» (*Gal.* 5, 24).

San Clemente romano, confirma lo dicho anteriormente, pidiendo además valentía a los cristianos cuando escribió a los de Corinto: «aquellos que imitan a Cristo, valerosamente le imitan. Porque los que de verdad se revistieron de Cristo, reproducen su imagen en sus pensamientos, y en toda su manera de vida, y en todas sus acciones, y en todas sus palabras y en todos sus hechos».

Desde el comienzo de su llamamiento al apostolado, le fue revelado a Pablo el significado de ser y vivir a una con Cristo. Podemos recomponer la escena. Iba camino de Damasco respirando amenazas contra los discípulos del Señor, con cartas del príncipe de los sacerdotes, para llevarse presos a Jerusalén a cuantos cristianos encontrara. Un golpe de luz lo derriba del caballo, y oye una voz que le dice: «Saúl, Saúl, ¿por qué me persigues»? El respondió: ¿Quién eres, Señor? Y El: «Yo soy Jesús, a quien tú persigues» (*Act.* 9, 4. 5). Estas palabras quedarán profundamente grabadas en el alma del Apóstol y entenderá con absoluta clarividencia que Cristo vive en cada uno de sus discípulos.

Los primeros cristianos empezarán a vivir el deseo expresado por Jesús en su oración sacerdotal: «Padre santo, cuida en tu nombre a los que me has dado, para que sean uno como nosotros» (*Jn.* 17, 11). La unión con Cristo se comienza ya a realizar en esta vida, aunque sepamos que su total plenitud sólo podrá tener lugar en el Cielo. De ahí que toda la ascética cristiana se oriente a facilitar esta unión con Dios.

Cuando Cristo se posesiona de un alma, todo su organismo sobrenatural se fortalece y acrecienta; las virtudes y los dones del Espíritu Santo encuentran un terreno abonado; se siente hijo de Dios, como Cristo; se abre a la gracia especialmente en la Sagrada Eucaristía, «fármaco de inmortalidad» (SAN IGNACIO DE ANTIOQUIA), que tiene como fruto propio operar nuestra transformación en Cristo. Entonces el alma, a pesar de sus imperfecciones, empieza a vivir auténtica vida sobrenatural; ama lo que ama Cristo y re-

chaza lo que El reprueba; se alegra o llora con el Señor; se recoge a conversar con Dios a ejemplo de Cristo, que se retiraba a hacer oración; vive la pobreza, porque El no tiene dónde reclinar la cabeza; la mansedumbre y humildad de corazón, la pureza, la obediencia, el amor al prójimo; en una palabra, todas las virtudes de Jesús. Los rasgos del Señor se van imprimiendo en cada cristiano, hasta que pueda exclamar con el Apóstol: «Para mí la vida es Cristo» (*Ph.* 1, 21).

Los primeros cristianos como sarmientos injertados en la Vid que es Cristo, darán abundantes frutos de santidad y apostolado; pero a la hora de comprobar tales frutos, nos tenemos que conformar con una mirada al calendario santoral o a las actas de los mártires, como signos externos —bastante elocuentes en los casos que se reseñan— de algo que no podemos sopesar con medidas humanas, por tratarse de hechos sobrenaturales que tienen lugar en las profundidades del alma y que no siempre se reflejan al exterior.

A título de ejemplo de un hombre que vive para Cristo y del que nos ha llegado noticia, citaremos el caso de San Policarpo. «Se encuentra ya al término de una larga vida cuando es detenido. Llevado ante el procónsul para sufrir un último interrogatorio ante la multitud reunida que reclama su muerte a grandes gritos, se le invita al obispo a renegar de Cristo. «Jura por la fortuna del César, le dice el magistrado, conviértete y di: «¡Mueran los ateos!». Entonces Policarpo, volviéndose con semblante sombrío hacia toda esa muchedumbre de impíos paganos apiñada en el estadio, extendió hacia ellos su mano, y mirando al cielo, con

un suspiro, dijo: «¡Mueran los ateos!». El procónsul insiste ¡jura! y te absolveré. ¡Blasfema de Cristo! Replicóle Policarpo: «Durante ochenta y seis años he servido a Cristo y nunca me hizo mal alguno. ¿Cómo puedo blasfemar de mi Rey, que me salvó?» (BARDY). Condenado a morir en la hoguera dio feliz término a su combate para rendir su último servicio a Jesucristo. Los cristianos recogieron sus restos «más preciosos que piedras de valor y más estimados que oro puro» (MARTIRIO DE SAN POLICARPO), y los depositaron en un lugar conveniente. Allí sus hermanos en la fe tenían interés de reunirse «en júbilo y alegría» para celebrar el nacimiento para el Cielo de Policarpo, «para memoria de los que acabaron ya su combate y ejercicio, y preparación de los que tienen aún que combatir» (MARTIRIO DE SAN POLICARPO).

## 6. CIUDADANOS CORRIENTES EN EL MUNDO

> «No te pido que los retires del mundo, sino que los guardes del Maligno» (*Jn.* 17, 15).

Como veíamos más arriba, recordando las palabras del Discurso a Diogneto, los cristianos no se distinguían de los demás hombres de su tiempo, ni por su vestido, ni por insignias, ni por tener una ciudadanía diferente; eran gentes corrientes que estaban metidas en el trá-fago de una vida aparentemente vulgar.

Los primeros cristianos no huyen del mundo —eso lo harán algunos, pasado algo más de un siglo—; ellos se consideraban desde los comienzos como un fermento en medio de la sociedad, e incluso como algo más: «lo que es el alma para el cuerpo, eso son los cristianos en el mundo. El alma está esparcida por todos los miembros del cuerpo, y cristianos hay por todas las ciudades del mundo. Habita el alma en el cuerpo, pero no procede del cuerpo; así los cristianos habitan en el mundo, pero no son del mundo» (1) (DISCURSO A

(1) Tal vez no se haya reparado bastante en este enfoque del vivir cristiano primitivo, a causa de una visión lateral que estaba más pendiente de los aspectos clericales que de la totalidad del pueblo de Dios.

DIOGNETO). Esta postura de no desertar del mundo ha sido otra constante en la predicación de Mons. Escrivá de Balaguer: «No lo dudéis, hijos míos; cualquier modo de evasión de las honestas realidades diarias es para vosotros, hombres y mujeres del mundo, cosa contraria a la voluntad de Dios» (2).

En la primera época de vida cristiana todavía no se podrá afirmar plenamente que hay cristianos en todas las ciudades del mundo como acabamos de leer; pero sí se podrían suscribir las palabras de Tertuliano, dirigiéndose a los paganos: «También con vosotros navegamos, con vosotros servimos como soldados, trabajamos la tierra, comerciamos; asimismo intercambiamos con vosotros el producto de nuestras artes y de nuestro trabajo».

El cristiano es un ciudadano corriente, uno más, pero que trata de cumplir bien con sus deberes cívicos; así nos lo atestigua San Justino —el gran defensor del Cristianismo— en un escrito dirigido al Emperador: «Los cristianos somos los primeros en pagar tributos y contribuciones a los que vosotros tenéis para ello establecido, tal como nos lo enseñó nuestro Maestro».

---

(2) ESCRIVA DE BALAGUER, Josemaría, **Homilía**, en Folletos «MUNDO CRISTIANO» núm. 63.

El Opus Dei tiene desde sus fundación una actitud similar a la de los primeros cristianos en este punto: «El Opus Dei acoge y encauza el hecho hermosísimo de que cualquier estado y cualquier trabajo profesional, siempre que sea recto y persevere en esa rectitud, puede llevar a Dios. Y nuestra obra recoge esa posibilidad en una vocación bien definida: una **dedicación personal** a Dios en medio del mundo, para convertir nuestra vida ordinaria y nuestra labor profesional y social en instrumentos de santificación y de apostolado, cualquiera que sea la edad y las circunstancias individuales» (ESCRIVA DE BALAGUER, Josemaría, **Cartas**, Roma, 15. VIII. 53, núm. 12).

Lo mismo podemos decir de ellos cuando llega el momento de exigir o reafirmar un derecho que en justicia les corresponde. Podemos rememorar el episodio protagonizado por Pablo: «Cuando lo tenían estirado para azotarle, dijo Pablo al centurión que estaba allí: «¿Os es lícito azotar a un ciudadano romano sin haberle juzgado?». Al oír esto el centurión fue donde el tribuno y le dijo: «¿Qué vas a hacer? Este hombre es ciudadano romano» —«Sí, respondió». Yo —dijo el tribuno— conseguí esta ciudadanía por una fuerte suma» —«Pues yo —contestó Pablo— la tengo por nacimiento» (*Act.* 22, 25-28).

Con la presencia de los cristianos en el mundo, la vida ordinaria es la que se transforma desde dentro del alma, y toda ella recibe una revitalización íntima que la eleva a Dios, sin perder sus cualidades humanas, civiles, externas y normales. Es una carga divina —la gracia santificante—, que reciben los cristianos con el bautismo y que no tiene nada que ver con que uno sea esclavo o libre, judío o griego, rico o pobre. Desde sus comienzos si nos fijamos en las reuniones cristianas, veremos convivir con un mismo espíritu gentes de las más diversas procedencias. Después del discurso de Pedro —a continuación de Pentecostés—, se convierten más de tres mil almas en un solo día. Le han escuchado: Partos, medos, elamitas, habitantes de Mesopotamia, Judea, Capadocia, el Ponto, Asia, Frigia, Panfilia, Egipto, etc.

Cada uno de nuestros primeros hermanos ocupaba un lugar en la estructura social de aquella época. El que era esclavo antes de convertirse, seguía siéndolo

después; lo mismo le ocurría al comerciante, o al magistrado. Lo que sucedía era que su cometido social, su oficio o su trabajo recibía un nuevo sentido al referírselo a Cristo. En estos términos se desarrolla la enseñanza paulina: «Esclavos, obedeced a vuestros amos de este mundo con respeto y temor, con sencillez de corazón, como a Cristo, no por ser vistos, como quien busca agradar a los hombres, sino como esclavos de Cristo que cumplen de corazón la voluntad de Dios» (*Ef.* 6, 5. 6).

Ya en los principios se intuía el valor cristiano del trabajo. Ciertamente, facilitaban sus bienes a los demás necesitados, incluso llegaron a poner a los pies de los apóstoles la totalidad de su patrimonio; pero no se piense que tal procedimiento era un «remedia vagos» o algo por el estilo; el trabajo tenía para ellos el valor de signo para distinguir el verdadero creyente del falso hermano. Este criterio se afirma rotundamente en uno de los primeros textos catequéticos, la «Doctrina de los doce apóstoles»: «Todo el que llegare a vosotros en el nombre del Señor sea recibido... Mas si quiere establecerse entre vosotros, teniendo un oficio, que trabaje y así se alimente. Mas si no tiene oficio, proveed conforme a vuestra prudencia de modo que no viva entre vosotros ningún cristiano ocioso. Caso que no quisiere hacerlo así, es un traficante de Cristo. Estad alerta contra los tales».

El mismo Pablo trabajará con sus propias manos fabricando tiendas de campaña para no ser gravoso a sus hermanos. Sabrá conjuntar una intensísima vida apostólica con un trabajo profesional que le permita

vivir y hacer frente a sus necesidades. Nos dirá tajantemente: «Si alguno no quiere trabajar, que tampoco coma» (2 *Tes.* 3, 10). Son palabras de una vigencia perenne, inspiradas por el Espíritu Santo para todos los tiempos, incluidos los actuales. El trabajo es un requisito vital, algo necesario, como el sustento, o el aire para vivir. «El trabajo —dirá Mons. Escrivá de Balaguer— para nosotros es dignidad de la vida y un deber impuesto por el Creador, ya que el hombre fue creado *ut operaretur.* El trabajo es un medio con el que el hombre se hace participante de la creación; y, por tanto, no sólo es digno, sea el que sea, sino que es un instrumento para conseguir la perfección humana —terrena— y la perfección sobrenatural» (CARTAS, 31 V. 54).

El cristiano de los primeros tiempos aunará perfectamente las dimensiones humanas de ciudadano corriente con las dimensiones sobrenaturales de su llamada a la santidad.

## 7. LANZADOS A VOLEO

«Una vez salió un sembrador a sembrar» (*Mt.* 13, 3).

Los iniciadores del Cristianismo no se consideraron unos conservadores de grupo cerrado, como hicieran los discípulos de algunos filósofos griegos o romanos, sino que trataron siempre de extender la Buena Nueva para que llegara a todos los hombres.

Según nos cuenta Minucio Félix en el «Octavio», tres amigos africanos, Marco Minucio Félix, Octavio —que eran cristianos—, y Cecilio, pagano, iban caminando de Roma a Ostia. Ya en la playa, se encuentran con una estatua de Serapis, y Cecilio llevándose la mano a la boca, imprimió con los labios un beso como signo de adoración. El gesto no pasó inadvertido para Octavio, que le recuerda a Marco su obligación de hacer apostolado con estas palabras de corte clásico: «No dice con un noble varón, Marco hermano, que a un hombre que dentro y fuera de tu casa anda siempre pegado a tu lado, le abandones en esta ceguedad de la vulgar ignorancia».

En este relato que hemos reproducido se observa

claramente cuál sea la raíz del comportamiento de Octavio: el cariño sincero que tiene a un buen amigo como Cecilio. El amor a Dios y a las almas será siempre para el cristiano el motor que ponga en marcha todas sus obras apostólicas.

Con este enfoque del cariño se entiende que la primera preocupación apostólica sea —ya desde sus comienzos— la de trabajar por la perseverancia de los propios hermanos, siguiendo el consejo de San Clemente romano: «Porque si tenemos mandamiento de hacer también esto: apartar a los paganos de los ídolos e instruirlos en la fe, ¡cuánto más hemos de trabajar porque no se pierda un alma que ya conoce a Dios»!. Es lo mismo que nos expresaba Pablo cuando se refería a su «solicitud por todas las iglesias» (2 *Cor.* 11, 28). Será también la preocupación honda de San Policarpo, quien poco antes de ser martirizado se retira a una casa de campo donde pasaba el tiempo «sin otra ocupación, día y noche, que orar por todos y señaladamente por las iglesias esparcidas por toda la tierra. Cosa, por lo demás, que tenía siempre de costumbre» (MARTIRIO DE SAN POLICARPO).

A continuación de este primer paso el apostolado de los cristianos no tiene limitaciones, ni en cuanto a las personas, ni en cuanto a ocasiones o lugares geográficos. Algunos, como Pablo, Bernabé, Silas y tantos otros cuyos nombres no han llegado hasta nosotros, serán viajeros infatigables del Evangelio. El Apóstol escribirá de sí mismo: «Tres veces naufragué; un día y una noche pasé náufrago en el mar. Viajes frecuentes; peligros de ríos; peligros de salteadores; peligros

de los de mi raza; peligros de los gentiles; peligros en ciudad; peligros en despoblado; peligros por mar; peligros entre falsos hermanos; trabajo y fatiga; noches sin dormir, muchas veces; hambre y sed; frío y desnudez» (2 *Cor.* 11, 25-27). No se me ocurre otro comentario que el de decir: es un buen récord.

Cualquier circunstancia es buena para acercar un alma a Cristo. En ocasiones se aprovechan hasta las que parecen menos adecuadas, como la de comparecer ante un tribunal. Pablo, prisionero en Cesarea, habla en defensa propia ante el rey Agripa. Le empieza a desvelar los misterios cristianos de tal forma que el rey exclama: «Por poco me convences a pasar por cristiano». Y Pablo replicó: «Quiera Dios que por poco o por mucho, no solamente tú, sino todos los que me escuchan hoy, llegaran a ser tales como yo soy, a excepción de estas cadenas» (*Act.* 26, 28. 29).

Respecto al modo concreto de realizar el apostolado, los primeros fieles son conscientes de la índole sobrehumana de la empresa que están llevando a cabo. En consecuencia, los medios más idóneos a emplear serán los sobrenaturales. Aquellos hombres que perseveraban unánimes en la oración, sabían que sin ella cualquier apostolado es imposible; después vendrá la lección práctica con ejemplos de vida. Escuchemos la voz familiar de San Ignacio de Antioquía: «Rogad sin cesar por los demás hombres, porque podemos esperar verlos llegar a Dios por la penitencia. Dadles al menos, la lección de vuestros ejemplos: a sus arrebatos oponed la dulzura; a su jactancia, la humildad; a sus blasfemias, la oración; a sus errores, la firmeza en la fe; a

su carácter huraño, la bondad, sin tratar jamás de devolver el mal que os hacen. Mostrémonos verdaderamente hermanos suyos por nuestra bondad».

Los cristianos de los primeros tiempos tenían además muy cercano el ejemplo del Señor en este terreno apostólico. El Evangelio de San Juan refiere que un día se hallaba el Bautista a orillas del Jordán con dos de sus descípulos, cuando acertó a pasar Jesús. El Precursor se lo mostró a sus compañeros y éstos se apresuraron a seguirle. Uno de ellos era Andrés, hermano de Simón Pedro. Lo primero que hizo fue salir en busca de su hermano Simón y le dice: «Hemos encontrado al Mesías, y le condujo a Jesús» (*Jn.* 1, 45).

Este proceso de llamamiento personal como hace Andrés con Pedro, se va a repetir infinidad de veces; cambiarán los nombres de las personas, los lugares, las circunstancias, pero siempre se dará el mismo acercamiento a Jesús.

Todo creyente se convierte en seguida en un apóstol. «Una vez que ha hallado la verdad, no tiene tregua ni reposo hasta que consigue hacer partícipes de su felicidad a los miembros de su familia, a sus amigos, a sus compañeros de trabajo... todo el mundo es capaz de entregarse a este apostolado, aun los más pobres, los más ignorantes, los más despreciados; los esclavos con sus camaradas de dolor; los marineros, en las escalas donde sus barcos se detienen; los comerciantes con sus clientes» (BARDY).

De todas formas, en el trato personal, lo que más influye —después de los medios sobrenaturales— es con-

templar una doctrina hecha carne en una persona próxima a nosotros, que puede ser un hermano, un compañero, un amigo, o un simple acompañante ocasional como le ocurrió al soldado Basílides. Es una historia que ha llegado a nosotros a través de Eusebio de Cesarea. Basílides era uno de los soldados encargados de conducir a Potamiena —que era cristiana— hasta el lugar donde la iban a martirizar. Mientras el populacho se esforzaba por molestar con insultos a la condenada, Basílides apartaba de su paso a los ofensores y demostraba mucha compasión a la joven. Potamiena exhortó al soldado a ser valiente, prometiéndole orar por él y pagarle con creces lo que había hecho por ella. Pasados unos días indicaron a Basílides que prestara juramento, y él se negó confesando públicamente su fe de cristiano.

El apostolado cristiano irá penetrando de un modo capilar; será una conquista hombre a hombre, palmo a palmo. De esta manera la sociedad pagana se irá transformando desde dentro. Luego, más tarde, las estructuras sociales y jurídicas también se colorearán de espíritu cristiano.

## CONCLUSION

> «Al vencedor, al que guarde mis obras hasta el fin le daré poder sobre las naciones: las regirá «con cetro de hierro, como se quebrantan las piezas de arcilla» (*Ap.* 2, 26. 27).

Nosotros ahora, con la perspectiva que dan los siglos, podemos afirmar que los primeros cristianos cumplieron como buenos la tarea que se les había encomendado. De ellos podemos decir que su palabra no ha sido mentirosa, «ni vacía, sino cumplida por la obra» (DIDACHE).

Cuando echamos una mirada al mapamundi y vemos la pequeñez de los comienzos cristianos y la comparamos con la extensión y las posibilidades del Cristianismo actual, es bueno que dediquemos un recuerdo entrañable a los que con su generosidad y su perseverancia fueron el eslabón primero de esa cadena maravillosa que llega hasta nuestra vocación cristiana de hoy.

Pero no sólo merecen nuestro recuerdo afectuoso, sino también que aprendamos la lección que nos die-

ron, precisamente ahora, cuando se ha abierto la nueva frontera del Concilio Vaticano II, y se oye la voz suplicante de la Iglesia: «Así, pues, incumbe a todos los laicos la preclara empresa de colaborar para que el divino designio de la salvación alcance más y más a todos los hombres de todos los tiempos y en todas las partes de la tierra. De consiguiente, ábraseles por doquier el camino para que, conforme a sus posibilidades y según las necesidades de los tiempos, también ellos participen celosamente en la obra salvífica de la Iglesia» (Const. «Lumen Gentium», 4, 33).

Es cierto que han variado notablemente las circunstancias históricas desde el siglo I a nuestros días; sin embargo, el depósito de la fe que ellos legaron permanece idéntico; y lo mismo podemos decir —en síntesis— de los medios de santificación que emplearon. Su esfuerzo no ha sido estéril. Han roturado el camino para facilitarnos el paso a los que vendríamos después. ¡Ojalá nosotros podamos repetir un día como Pablo!: «He competido en noble competición, he llegado a la meta en la carrera, he conservado la fe. Y desde ahora me aguarda la corona de la justicia que aquel día me entregará el Señor, el justo Juez; y no solamente a mí, sino también a todos los que hayan esperado con amor su manifestación» (2 *Tim.* 4, 7-8).

# FOLLETOS MUNDO CRISTIANO

## CATEQUESIS

3. PEDRO RODRIGUEZ: *Renovación de la Iglesia* (Comentarios a la *Ecclesiam Suam*). 5 pesetas.
6. JAVIER DE PEDRO: *Gente corriente* (La importancia de no ser importante). 3 pesetas.
15. JUAN ROSSELLO: *El tesoro de la fe.* 3 pesetas.
16. MONS. DANIEL LLORENTE, Obispo de Segovia: *Urgente labor catequística.* 3 pesetas.
18. VICENTE RODRIGUEZ CASADO: *La reforma social.* 5 pesetas.
21. JUAN ROSSELLO: *Los Sacramentos.* 3 pesetas.
24. JUAN ROSSELLO: *El Bautismo* (Nacimiento a la vida espiritual). 5 pesetas.
34. MONS. ANTONIO AÑOVEROS, Obispo de Cádiz y Ceuta: *El diálogo.* 5 pesetas.
35. MANUEL FERNANDEZ AREAL: *La oración del cristiano* (2.ª edición). 12 pesetas.
55. MANUEL FERNANDEZ AREAL: *El hombre de la calle,* 15 ptas.
56. MONS. JOSE MARIA CIRARDA, Obispo Auxiliar de Sevilla: *Vitalización de nuestra fe.* 12 pesetas.
58. CAMILO LOPEZ PARDO: *Vivir vale la pena.* 12 pesetas.
59. MANUEL FERNANDEZ AREAL: *Hijos de Dios.* 12 pesetas.
60. JOSE MUÑOZ VELASCO: *Fe y Esperanza.* 12 pesetas.
61. MANUEL FERNANDEZ AREAL: *Trabajo y Propiedad.* 12 pesetas.
62. JUAN ROSSELLO: *La Confirmación.* 12 pesetas.
64. MONS. JOSE MARIA BUENO MONREAL, Cardenal-Arzobispo de Sevilla: *Fe en Dios y Esperanza terrestre,* 12 pesetas.
66. CAMILO LOPEZ PARDO: *La Biblia, Palabra de Dios.* 12 pesetas.
67. MONS. JOSEMARIA ESCRIVA DE BALAGUER: *Qué es el Opus Dei.* 12 pesetas.
68. DOMINGO RAMOS: *Primeros cristianos.* 12 pesetas.

## DOCUMENTOS DE LA IGLESIA

*Frutos del Concilio.*

7. *Constitución dogmática sobre la Iglesia* (2.ª edición). 15 pesetas.

8. *Decretos sobre Ecumenismo e Iglesias Orientales.* 3 ptas.
12. *Constitución sobre Sagrada Liturgia* (Prólogo de Monseñor Hervás, Obispo de Ciudad Real). 5 pesetas.
14. *Instrucción para la aplicación de la Constitución de Liturgia* (Prólogo de Mons. Narciso Jubany, Obispo de Gerona) (2.ª edición). 5 pesetas.
17. *Los medios de comunicación social* (Prólogo de Manuel Fernández Areal). 5 pesetas.
25. *Decreto sobre la función pastorial de los obispos.* 5 ptas.
26. *Decretos sobre la Formación sacerdotal y Renovación de la vida religiosa.* 5 pesetas.
27. *Declaraciones sobre la Educación de la juventud y Religiones no cristianas.* 5 pesetas.
28. *Decreto sobre apostolado de los seglares.* 5 pesetas.
29. *Constitución dogmática sobre la Divina Revelación.* 5 ptas.
30. *Declaración sobre libertad religiosa.* 5 pesetas.
31. *Decreto sobre los presbíteros.* 5 pesetas.
32. *Decreto sobre las misiones.* 15 pesetas.
33. *Constitución pastorial sobre la iglesia en el mundo.* 15 ptas.

*Encíclicas y Alocuciones del Papa Pablo VI.*

1. *Ecclesiam Suam.* Primera Encíclica de Pablo VI (4.ª edición). 5 pesetas.
3. PEDRO RODRIGUEZ: *Renovación de la Iglesia* (Comentarios a la *Ecclesiam Suam*). 5 pesetas.
22. *El Papa habla de la Eucaristía.* Con la tercera Encíclica: *Mysterium Fidei* y otros documentos (2.ª edición). 10 pesetas.
23. *El Papa habla de la Virgen.* Con la segunda Encíclica: *Mense Maio,* la exhortación *Signum Magnum* y otros documentos (2.ª edición). 10 pesetas.
41. *El Papa habla de la Penitencia.* Constitución Apostólica de Pablo VI y Decreto del Episcopado Español. Nuevas normas sobre el ayuno y la abstinencia. 5 pesetas.
43. *El Papa habla de la paz.* Con la cuarta Encíclica: *Christi Matri* y otros documentos. 10 pesetas.
46. *El Papa habla del desarrollo de los pueblos.* Quinta Encíclica: *Populorum progressio.* 10 pesetas.

48. *El Papa habla de la Iglesia* (Aspectos de la Catequesis de Pablo VI). 25 pesetas.
49. *El Papa habla de la fe* (El año de la Fe). 20 pesetas.
53. *El Papa habla del Sacerdocio.* Con la sexta Encíclica: *Sacerdotalis coelibatus,* y otros documentos. 25 pesetas.
54. *El Papa habla del posconcilio.* 10 pesetas.

*Documentos de la Santa Sede.*

38. Aplicación del Concilio: *Normas de Pablo VI para los Decretos sobre: Obispos, Sacerdotes, Religiosos y Misiones.* 5 pesetas.
50. *Instrucción sobre el culto del Misterio Eucarístico.* 10 pesetas.

*Documentos del Episcopado.*

37. *La Iglesia y el orden temporal a la luz del Concilio Vaticano II.* Instrucción del Episcopado Español. 6 ptas.
41. *La Penitencia.* Decreto del Episcopado Español y Constitución Apostólica de Pablo VI, Nuevas normas sobre el ayuno y la abstinencia. 5 pesetas.
52. *La fe católica en España.* Exhortación colectiva del Episcopado. 10 pesetas.
65. *El mensaje cristiano, hoy.* Carta de los obispos alemanes a quienes han recibido de la Iglesia el encargo de predicar la fe. 12 pesetas.

## FAMILIA

2. JESUS URTEAGA: *Compañerismo* (Sólo para menores de 16 años). 3 pesetas
5. LOLO DE ALBA: *Tu hijo* (Los mil y un cuidados del bebé). 3 pesetas.
9. RAFAEL GONZALEZ SANDINO y ANTONIO DEL TORO: *Para tu biblioteca* (Selección de libros que pueden serte útiles). 3 pesetas
10. MONTSERRAT DEL AMO: *Valentín y la espada del rey* (Cuento). 3 pesetas.
11. MONS. JUAN HERVAS, Obispo de Ciudad Real: *¿Control de natalidad o familia numerosa?* (Criterios para estar al día 2.ª edición). 5 pesetas.

13. RAFAEL GONZALEZ SANDINO y ANTONIO DEL TORO: *Para tu biblioteca* (Libros para niños) (2.ª edición). 5 pesetas.
19. M.ª ROSA GARRIDO: *Ellas escogen profesión*. 3 pesetas.
20. LOLO DE ALBA: *El niño, esa incógnita*. 3 pesetas.
36. JUAN KINDELAN: *Juventud y delincuencia*. 5 pesetas.
39. RAFAEL GONZALEZ SANDINO y JAIME FERNANDEZ CASTELLA: *Para tu biblioteca* (Selección de libros juveniles). 5 pesetas.
42. JOSE LOPEZ NAVARRO: *Matrimonio y paternidad responsable*. 10 pesetas.
45. JOSE LUIS MOTA: *¿Qué será de mis hijos?* (La orientatación profesional). 5 pesetas.
51. LOLO DE ALBA: *Juventud sin rodeos* (Encuestas a la juventud española). 10 pesetas.
57. GERARDO CASTILLO CEBALLOS: *Cómo aprender a estudiar* (2.ª edición). 12 pesetas.
63. MONS. JOSEMARIA ESCRIVA DE BALAGUER: *Homilía, y Entrevista sobre la mujer y la familia*. 20 pesetas.

## BIOGRAFIAS

4. JOAQUIN ESTEBAN PERRUCA: Tomás Moro (Un santo en medio del mundo). 3 pesetas.
40. CESAR ALLER: *La vida de Jesucristo*. 5 pesetas.
44. MERCEDES EGUIBAR: *Montserrat Grases* (Una vida sencilla) (2.ª edición). 5 pesetas.
47. JOAQUIN ESTEBAN PERRUCA: *Santa Catalina de Siena* (Un ejemplo de amor a la Iglesia y de unidad de vida). 10 pesetas.

*Edición especial* NUEVO MISAL. (Con las Antífonas de entrada, del ofertorio, de la comunión y los cantos interleccionales de los domingos y fiestas de precepto, y Ordinario de la Misa) (6.ª edición) (En espera de las últimas modificaciones anunciadas).

*Quaderns M. C.:* per MERCEDES EGUIBAR: *Montserrat Grases* (Una vida senzilla). 12 pesetas. (En catalá).

Nace en Madrid el 25 de mayo de 1930. Realizó los estudios de la carrera de Derecho en la Universidad Central de Madrid. Obtuvo el premio «Montalbán» en 1954, para estudios del Doctorado en la citada Universidad, donde —más tarde—, sería profesor de «Historia del Derecho español». También ha sido miembro del «Instituto Nacional de Estudios Jurídicos».

En 1959 es ordenado sacerdote, y al año siguiente obtiene, en Roma, el doctorado en Sagrada Teología. A partir de entonces ha desplegado una amplia labor sacerdotal con universitarios, profesionales y trabajadores en diversas poblaciones españolas como Madrid, Valencia, Oviedo, La Coruña, etc.

Finalmente podemos consignar que ha realizado diversos estudios sobre «Historia de la Iglesia» e «Historia de la Teología», tanto de las épocas antiguas y media como de la moderna.

**12 Ptas.**